

# El cocodrilo y el mono



By W.H.D. Rouse

Érase una vez un río enorme que era profundo y ancho. En este río vivía un cocodrilo. ¿Has visto un cocodrilo? Son muy largos, dos veces más largos que una cama. Están cubiertos de escamas duras de color verde y amarillo. Tienen hocicos anchos y planos y mandíbulas enormes con cientos de dientes afilados.

El cocodrilo de este cuento se sentó en el barro todo el día, medio bajo el agua, tomando el sol y rara vez moviéndose. Pero si algún animalito se acercaba, saltaba, abría sus grandes mandíbulas y lo recogía.

En la orilla de este enorme río vivía un mono. Pasó el día trepando árboles y comiendo frutas. Pero había estado comiendo de esos árboles durante tanto tiempo que apenas quedaba fruta.

Un día, la hija del cocodrilo se fijó en este mono. Cuando vio a su papá, comenzó a llorar. Mientras sus lágrimas caían al agua, el cocodrilo se despertó de su siesta y miró a su alrededor para ver qué pasaba.

“Hija mía,” dijo, “¿por qué lloras?”

“¡Tengo hambre!” ella se quejó.

“Sí, hija. Espera un momento. Si ambos estamos muy quietos, pronto te traeré algo para comer”.

“¡Pero quiero el corazón de ese mono!” dijo la hija. Y sus lágrimas empezaron a caer de nuevo.

“Bueno,” dijo el Sr. Cocodrilo. Quería mucho a su hija y le habría enjugado las lágrimas, solo que no tenía pañuelos de papel. “Intentaré atrapar al mono por ti, cariña”.

El cocodrilo comenzó a pensar. Pensó durante una hora entera. (Aunque era muy grande, no era muy inteligente). Por fin, suspiró aliviado porque tenía un plan.

Encontró un lugar para esperar debajo del árbol donde el mono estaba balanceándose por su cola. “¡Mono!” dijo el cocodrilo con la voz más suave que pudo hacer. No es tan fácil parecer amable con una enorme mandíbula llena de dientes afilados.

El mono dejó de balancearse y miró hacia abajo. El cocodrilo nunca le había hablado antes, así que estaba bastante sorprendido.

“¡Mono, amigo mío!” gritó el cocodrilo de nuevo.

“¿Sí Señor Cocodrilo?” preguntó el mono con cautela.

“Debes estar hambriento. Veo que te has comido toda la fruta de estos árboles. ¿Por qué no busca fruta al otro lado del río?” dijo el cocodrilo.

“¡Vi muchos mangos y ciruelas allí!”

“Gracias por la información,” dijo el mono. “¡Pero es demasiado peligroso para monos como yo cruzar este río!”

“Bueno,” dijo el cocodrilo, “Pareces un lindo mono, así que estaría feliz de ayudarte. Salta sobre mi espalda. ¡Cruzaré el río nadando y te llevaré al otro lado!”

El mono hambriento nunca había tenido una oferta tan tentadora. Con alegría dio la vuelta a la rama de un árbol y saltó sobre la espalda del cocodrilo.

El cocodrilo comenzó a cruzar a nado lentamente. El mono tembló de emoción mientras se acercaba a los árboles rebosantes de frutas.

¡De repente, el mono sintió agua en sus pies! Luego, el agua le subió a las piernas y al estómago. ¡El cocodrilo se estaba hundiendo!

“¡Sr. Cocodrilo, ten cuidado! ¡No sé nadar!” dijo el mono.

El cocodrilo se rió. “¿Pensaste que te estaba llevando al otro lado por bondad? No. La verdad es que mi preciosa hija quiere que coma tu delicioso corazón, y yo haría cualquier cosa por ella.”

“¡Estoy feliz de que me lo hayas dicho!” dijo el mono. Afortunadamente, era un mono muy inteligente con la capacidad de pensar con rapidez. “Antes de que me ahogues, debes saber que nunca llevo mi corazón conmigo; eso sería demasiado peligroso. Con todos los saltos que hacemos los monos, nuestros corazones se romperían en pedazos.”

El cocodrilo se elevó rápidamente a la superficie del agua, aliviado de que aún no hubiera ahogado al mono. (Como dije, no era una criatura muy inteligente. No se dio cuenta de que lo estaban engañando).

“Bueno, entonces, ¿dónde guardas tu corazón?” preguntó el cocodrilo.

“¿Ves ese grupo de cosas redondas en el árbol de ahí? ¡Esos son nuestros corazones!” (En realidad, era un montón de higos en una higuera. Parecían corazones de monos.)

“Llévame a la orilla del río,” dijo el mono, “Cuando lleguemos allí, yo treparé al árbol y dejaré caer mi corazón hacia ti. Realmente no lo necesito.”

“¡Espléndido!” dijo el cocodrilo, y siguió nadando.

Cuando llegaron a la orilla del río, el mono saltó del lomo del cocodrilo y rápidamente se subió a la higuera y comenzó a comer felizmente los higos.

“¡Bájame tu corazón, por favor!” gritó el cocodrilo. “¡Te estoy esperando!”

“¡Jaja! ¡Estarás esperando mucho tiempo!” dijo el mono. “¿Qué clase de tonto cree que una criatura guarda su corazón en un árbol? Tu cuerpo es grande, pero tu inteligencia es pequeña. ¡Gracias de nuevo por ayudarme a cruzar el río!”

El cocodrilo chasqueó las mandíbulas con frustración. Se sintió extremadamente tonto porque, bueno ... ¡lo era! Y el mono inteligente, que ahora tenía todo un banco de árboles frutales para él solo, tuvo el mayor festín de su vida.